

EMANCIPACIONES Y EMANCIPADORES

LA FIGURA Y LA OBRA DEL LICENCIADO
DON JOSE NUÑEZ DE CACERES

Por el Licenciado Andrés Julio Montolio

I

A los fervorosos bolivarianos
Lic. Nicolás H. Pichardo y Doc-
tor Manuel A. Pérez.

En las colonias de la América Septentrional, se inician las querellas contra la metrópoli, a consecuencia de la imposición de tributos que los colonos estimaron como atentatorios a sus derechos; y tras largas y estériles controversias, y a medida que el tiempo transcurría más se acrecentaba el desabrimiento entre gobernantes y súbditos, y sin que fuese posible acordar las voluntades, se libró a la suerte de las armas la decisión definitiva de las pretensiones de los unos y de la terquedad de los otros.

La batalla de Lexington, suceso glorioso para quienes habían dado a conocer **la soberana voluntad de una nación libre en América**, alentó a los convencidos rebeldes, y, en una serie de reveses y triunfos, quedó afianzada para siempre la independencia.

Las colonias de habla española comenzaron años después a manifestar su desencanto, y algunas cabezas que habían pensado muy alto se exhibieron en los lugares públicos pendientes de las horcas "para castigo de traidores y escarmiento de los enemigos del bienestar y sosiego públicos".

Los fines perseguidos por los colonos de Inglaterra y España, eran los mismos: emanciparse de sus respectivas metrópolis, lo cual obtuvieron con grandes sacrificios; mas, comparemos, dice un reputado escritor, comparemos las revoluciones de In-



glaterra y los Estados Unidos, con las de Francia, España, la América del Sur y Grecia.

El grado de opresión anterior determina con precisión el carácter y las consecuencias de la resistencia empleada para derribarla, porque en la proporción a la injusticia sufrida, será la crueldad de la venganza, y en proporción al grado de abyección, estarán las pretensiones del opresor. De aquí la ferocidad de una guerra servil; la resistencia del esclavo insulta el orgullo y ataca los intereses del amo; y mientras más se ha acercado el oprimido a la clase de esclavo más feroz es la venganza del que se opone a su rebelión. Cuando por lo contrario lo que está en pleito es tan sólo sobre infracción de derechos reconocidos, en la lucha hay más templanza y más mutuo respeto. ¿Debe sorprendernos que a favor de tales circunstancias, se hayan visto tan diferentes resultados en la América del Norte y en la América del Sur?

De ahí que Washington, si bien es verdad que en su empresa tropezó con no pocas dificultades en la importante misión que le confió su país, pudo, con justa satisfacción dirigirse a los gobernadores de los diversos Estados desde el Cuartel General de Newerg, en Junio de 1783, en advertencia, que él sabía recogerían sus compatriotas, de que en su concepto hay cuatro cosas que son esenciales para el bienestar y hasta me atrevería a decir para la existencia de los Estados Unidos como potencia independiente, conviene a saber: una unión indisoluble entre los Estados, bajo una autoridad federal; un sagrado respeto a la justicia pública; la adopción definitiva de la paz, y la disposición pacífica y amistosa entre el pueblo de los Estados Unidos, a fin de que todos olviden sus preocupaciones locales y políticas”.

Estas son las columnas —continúa Washiñgton, quien tenía de Fabio y de Marcelo, según uno de sus biógrafos—, estas son las columnas sobre que debe apoyarse el glorioso edificio de nuestra independencia y nacionalidad: la libertad es la base, y todo aquel que atentare contra ella bajo cualquier pretexto que fuese, merecerá la execración pública, haciéndose acreedor al más severo castigo que pudiera imponerle la patria ofendi-



da... Por eso sus compatriotas se ufanan en llamarle: el primero en la guerra; el primero en la paz y el primero en el amor de sus conciudadanos.

¡Cuán distinta la suerte del Libertador Sudamericano!

Aquella inteligencia que sólo halló reposo en el regazo de la muerte, pero que enfermo y abatido no pensaba sino en la obra de sus afanes; en 1829, escribió en Quito un Opúsculo lleno de previsiones y en el cual hace un bosquejo tan completo de todas las antiguas colonias de España, que al cabo de cien años parece escrito en la hora actual. Es la historia sintética de las rivalidades, de los crímenes, de las asechanzas de pueblos sobre los cuales mientras más pesado ha sido el yugo que los oprimía y más largo el tiempo que lo han soportado, mayor será la dificultad de recobrar sus derechos y mayor la incapacidad para hacer buen uso de ellos.

No hay fe en América, ni entre los hombres ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las constituciones libros; las elecciones combates; la libertad anarquía; la vida un tormento; exclamaba entristecido en ese opúsculo el grande hombre.

No había caído en tierra estéril la semilla que el soplo de la Revolución había arrojado sobre este hemisferio.

Y cerca, muy cerca de nosotros, después que los Estados Unidos y antes que todas las demás colonias de la América hispana. Haití, tras tremendo duelo con su Metrópoli, era la segunda en proclamar su independencia. La gran nación francesa, deseosa de conservar tan rica colonia, antes de abandonar sus pretensiones de reducirla por la fuerza, perdió hasta cincuenta mil de sus hijos.

En presencia del General en Jefe del Ejército Indígena, a quien acompañaban numerosos oficiales, en la ciudad de Gonaïves, el día 1o. de Enero de 1804, el Secretario General de Dessalines dió lectura, dice Leger, al Acta de Nacimiento de Haití.

El observador de los sucesos no puede prescindir de buscar en el fondo de los mismos, la verdadera causa que ha presidido



a ciertos movimientos o direcciones de la colectividad, cuando parecía lo más natural y lógico que se inclinara en sentido contrario al llegar el momento de decidir sobre su suerte.

La parte española de la isla se mantuvo fiel a la nación descubridora; la resolución del pueblo haitiano no influyó para nada en las inspiraciones de los hijos de Santo Domingo. Los que buscaban sacudir la dominación francesa, no pensaron en ningún momento constituirse, como sus vecinos, en República Independiente.

Cuando don Juan Sánchez Ramírez y Ciriaco Ramírez, esperaban del Gobernador de Puerto Rico, don Toribio de Montes, recursos para emprender la Reconquista, una vez que se inició la campaña contra el dominador, Petión, desde Port-au-Prince y Cristóbal, desde el Cabo, auxiliaban a los insurgentes; y uno y otro, estimulaban a los caudillos a separarse de Francia, pero también a mantener alejada a España.

¿Fue, acaso, D. Juan Sánchez Ramírez, más previsor que el Lic. Núñez de Cáceres, al comprender que los recursos de la colonia española, no eran bastantes para impedir toda agresión de parte de sus aliados de la víspera, comoquiera que conocía el pensamiento de Dessalines manifestado muchas veces, de que Haití no debía tener más límites que el mar?

Mientras Henri Christophe vivió no era posible la unidad nacional, aspiración de los hombres públicos de la nación vecina, pues divididos, como estaban, cada uno era débil para emprender la ocupación y dominio de esta parte; y si a esto se añade que España podía disponer de fuerzas suficientes para rechazar una invasión, sólo circunstancias tan propicias como las que favorecieron a Jean Pierre Boyer, el sucesor del austero protector de Bolívar, Alexander Petión, hubieran servido para realizar aquél la obra que le legaron sus antepasados.

El presidente Boyer, extendió su autoridad a todo el antiguo territorio sometido al rey Henry Christophe, a la muerte trágica de este enérgico gobernante. El 16 de octubre llegaba a Saint-Marc; el 21 ocupaba a Gonaives y el 26 de Octubre de 1820, entró al Cabo en donde fue aclamada la República.



La reconciliación de la familia haitiana era completa. Ella le permitiría realizar el pensamiento de Dessalines, quien, como se ha dicho antes, aspiraba a que Haití no tuviese otros límites que aquellos que le trazan la naturaleza y los mares. . .

Mientras Boyer permanecía en el Cabo, recibió emisarios de la parte española. A su vez él envió agentes encargados de hacer una discreta propaganda, a fin de ver de unir las voluntades hasta obtener la reunión de toda la isla, bajo un solo gobierno.

Tal era el pensamiento dominante en el ánimo de este Jefe de Estado, y en sus consejos y deliberaciones, como designio irrenunciable, como el que más gloria le daría, entraba de lleno el de apoderarse del territorio español.

Mientras tanto, ¿qué ocurría en esta ciudad de Santo Domingo, asiento del Gobierno y lugar en donde debían desarrollarse los acontecimientos, si favorables, si adversos, para los que perseguían fundar una patria libre e independiente?

Refiérse que desde las postrimerías del hábil Gobernador Brigadier Kindelán, no cesaban de correr rumores de que el Presidente de Haití se preparaba a invadir la parte española de la isla; y como se convenciese el representante de España que tales rumores no carecían de fundamento, se dirigió al mandatario haitiano, en términos, si comedidos, bastante enérgicos; y éste, tales trazas se dió o supo desviar tan hábilmente los cargos que se le hacían, que consiguió calmar las inquietudes del Brigadier Kindelán, con lo cual pudo seguir desenvolviendo los planes de ocupación que bien pronto llevó a cabo aprovechando la debilidad del Gobernador D. Pascual del Real y la ninguna preparación de quienes aguardaban una ocasión propicia para imponer la República.

II

No es de creerse que con los elementos de convicción que hasta ahora han visto la luz pública, se pueda estudiar la vida y la obra del Licenciado José Núñez de Cáceres.



Hace mucho tiempo que me ocupo en acopiar datos y noticias referentes a este ilustre jurisperito, y aun cuando en una hermosa semblanza que autoriza la firma de nuestro historiador García, es posible hallar la clave de algunos actos del que fue en un momento de nuestra historia árbitro de los destinos de este país, ello no es bastante para fijar, como en marco definitivo, el retrato de quien proclamó la República en esta parte de la isla con los auspicios de la Gran Colombia. Intentaré conseguirlo.

Tal obra, no hay duda, fue exclusivamente suya. La **Declaratoria de Independencia**; el **Acta Constitutiva**; la **Proclama que dirige a los Valerosos Dominicanos**; y, finalmente, el Acta de la Sesión celebrada el día cuatro de Diciembre de mil ochocientos veintiuno en la Sala Municipal, se escribieron bajo su dictado. Ninguna inteligencia, así como ninguna otra mano, se interpusieron entre la inteligencia y la mano del hombre que concibió la idea e hizo realidad, de separarse de la Nación Descubridora.

Desde los días en los cuales Hipolite Taine señaló la diferencia que existe entre la Crónica y la Historia propiamente dicha, un número no escaso de cultivadores de esta ciencia han trabajado y trabajan con verdadero entusiasmo por resucitar épocas; por descubrir los rumbos ciertos de sociedades de las cuales sólo se conocían hasta ayer escuetas narraciones, carentes de toda crítica y muchas veces desprovistas de ese elemento de belleza con que el verdadero historiador va mostrando al estudioso la razón de este o aquel hecho que se puede considerar como el punto de arranque determinante del movimiento dinámico de la sociedad; de la desaparición de una dinastía; de un cambio fundamental en las instituciones; en una palabra, de la evolución en el proceso histórico de la nación en cuyo seno, unas tras otras generaciones han ido depositando, como en surco incolmable, las piedras sobre que debía levantarse el edificio incommovible.

No es patrimonio exclusivo de los países que han alcanzado plenitud de desarrollo en todas las fases de su vida nacional, el haber dado a los estudios históricos grande impulso, au-



xiliando con otras disciplinas esta importantísima rama de las ciencias sociales, —sino que en nuestra América ya se ha iniciado con noble empeño el propósito de despojar de toda leyenda los hechos constitutivos de la formación de las nacionalidades que se emanciparon de España cuando creyeron que habían salido del estado de incertidumbre de juventud y llegado a aquella edad de madurez reflexiva capaz de realizar los fines de organización propios de toda colectividad que aspira a vivir en la comunidad internacional.

Al cabo de cien años de fundadas las repúblicas de origen hispano, van apareciendo los pensadores que a la luz de los documentos y de la tradición, en ceñidos y sobrios análisis enseñan (me valdré de las palabras de Ramos Mexía), que la locura moral de Rosas, la melancolía del Doctor Francia, el alcoholismo de Aldao, las pequeñas neurosis de Rivadavia, Olavarría, Quiroga y Lafinur, el delirio de persecuciones del Almirante Brown, dan cuenta y razón acabada de multitud de actos y episodios de la historia patria que con tales personajes se relacionan.

Porque no se puede negar que las más de las veces, junto al hecho está el Hombre, así como en nuestras revoluciones buscábamos siempre al Caudillo.

Verdad es que estos diagnósticos retrospectivos, no son infalibles; pero no se debe prescindir de ellos cuando se trata de descubrir la razón íntima de muchos hechos mamemorables cuya decisiva influencia ha perdurado al través de los días.

Mientras solamente habían llegado hasta mí trabajos sencillamente apologéticos que tenían por fin único establecer paralelos entre el fundador de cinco naciones y el libertador de Chile, yo no tributé al héroe de **Chacabuco** y **Maipú** los homenajes de una admiración arrancada a mi espíritu por el conocimiento claro, preciso, de este ilustre Capitán, quien supo comprender el genio.

“que con aguas del Orinoco”
fue a regar el Chimborazo”

La bibliografía de San Martín, y sobre todo parte de su correspondencia contenida en un volumen publicado por el Dr.



Adolfo P. Carranza, Director que fue del Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, demuestran con claridad meridiana la conducta del ínclito soldado que en la entrevista de Guayaquil tomó la resolución de abandonar para siempre la tierra americana, lo cual ocurría dos años antes de que se sellara la victoria de Ayacucho el triunfo de las armas republicanas.

Leed cualquiera de sus cartas y os explicaréis el poderoso influjo que ejerció en todo el Virreinato del Río de la Plata, hasta el punto de que le fue relativamente fácil desenvolver su laudable acción en aquel tremendo duelo sostenido entre españoles y americanos.

Cierto es que contra el Protector se fraguó una conspiración a fines de Diciembre de 1821, por no haber querido comprometer una batalla contra Canterac, en la cual conjuración aparecían, como jefes, muchos de sus compañeros de armas, tales eran: Las Heras, Necochea, Martínez, Correa Alvarado y otros. El intento de los conjurados consistía en separarlo del mando y aún asesinarlo, como lo propuso uno de los conspiradores; pero, denunciados, todo lo negaron, protestando su fidelidad. San Martín no quiso ir adelante en las averiguaciones tan desdorosas para los principales jefes que le acompañaban, no sin que **amarga tristeza invadiese su corazón, dilacerado** (son sus propias palabras al Coronel La Fuente a su regreso a Buenos Aires) con tantos desengaños, ingraticudes y bajezas. (1)

La literatura histórica referida al hijo de Caracas, es copiosísima; más es innegable que una saludable reacción y una más clara noción de la filosofía de la Historia, ha venido a sustituir con ventaja para la verdad, a los cantos en prosa del insigne traductor de **Clemencia**, don Felipe Larrazaábal, y otros panegiristas del vencedor en Carabobo; el estudio del hombre con sus lunares, con sus pasiones, con sus arrebatos, con sus cóleras, a veces desbordadas, como cuando ordenó el fusilamiento de ochocientos prisioneros. . .

A José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Pedro Manuel Arcaya, Francisco González Guinán, Laureano Vallenilla Lanz,

(1) La Entrevista de Guayaquil, por el Dr. José Manuel Goenaga.



Carlos A. Villanueva, Vicente Lecuna, Eloy G. González, B. Tavera Acosta, Rufino Blanco Fombona, Vicente Dávila, M. S. Sánchez y otros más que escapan a mi memoria en este momento, he consultado con todo detenimiento, los mismos que han recorrido toda la trayectoria que recorrió en el curso de su agitada vida el primer estadista suramericano, Simón Bolívar.

Las afecciones de carácter funcional de que padecía el Libertador han sido observadas desde un punto de vista puramente médico. Son muchos los **actos inconscientes** que se citan del Epónimo, pero como típico se recuerda el de Angostura en un convite, en el cual Bolívar, a los postres, se sube a la mesa del banquete y va de un extremo a otro, pisando cuanto en ella había, hasta exclamar como un iluminado: así iré del Atlántico al Pacífico, hasta acabar con el último español. De delirio se califica lo acaecido en Casacoima. Casos de hiperestesia psíquica abundan en la vida del hombre extraordinario cuya sensibilidad le llevaba a las acciones impulsivas al menor choque de sus nervios en tensión irreducible. **Su agotamiento precoz**, desde mucho antes de su muerte, ocurrida a los 48 años de edad, le hacían aparecer como un septuagenario.

Con ocasión de este género de investigaciones al rededor del Libertador, dos afamados galenos, los doctores Diego Carbonell y Luis Razzetti, sostuvieron agrias polémicas cuando este último leyó el **Cuadro Sintomático del Mal Comicial en Bolívar**, de un libro en preparación, por el Dr. Carbonell.

Con la Nota dirigida a la Academia Nacional de Medicina de Caracas, el 22 de Septiembre de 1915, contestó el Dr. Razzetti a su colega, la cual nota termina así: "Estoy seguro de que todos los médicos venezolanos al leer el Cuadro Sintomático del Mal Comicial en Bolívar, trazado por Carbonell, han sentido la misma sensación dolorosa de desconsuelo. ¿Cómo es posible que un venezolano joven, inteligente, ilustrado, estudioso, que podía dedicar sus fecundas energías a realizar empresas de utilidad para la cultura nacional, emplee su talento y su actividad, en destruir nada menos que la gloria del Padre de la Patria? ¿Cómo es posible que un venezolano suba hasta el Em-pireo para separar a Bolívar del lado de César y colocarlo en



el Averno al lado de Calígula ;Qué sería de nosotros, de nuestras glorias, de nuestra influencia en la libertad del Nuevo Mundo, si llegáramos a demostrar que el director de aquella magna revolución que conmovió todo el Continente, desde Lehring hasta Magallanes, habían sido la obra de un epiléptico melancólico y apático?

Si hay una ciencia que demuestre que los verdaderos grandes hombres, los más ilustres conductores de pueblos, los creadores de la civilización, han sido epilépticos, nos veremos en el forzoso caso de concluir que la epilepsia no es sintoma patológico, sino la más alta manifestación de la evolución super-orgánica del sistema nervioso central. No creo necesario decir las consecuencias de semejante doctrina.

Voy a concluir haciendo una proposición: que la Academia emprenda el estudio médico-psicológico de la personalidad de Bolívar y haga análisis psiquiátrico de sus ideas y de sus actos. A este fin la Academia debe invitar a que contribuyan con sus estudios personales, no sólo a todos sus Individuos de Número y Miembros Correspondientes Nacionales, sino a todos los venezolanos. Reunido todo el material suficiente, la Academia publicará un trabajo de conjunto que podría intitularse ESTUDIO MEDICO PSICOLOGICO DE LA PERSONALIDAD DE BOLIVAR Y ANALISIS PSIQUIATRICO DE SUS IDEAS Y DE SUS ACTOS.

Carbonell, discípulo del Doctor Razzetti, según declara en su réplica al mismo, se afirma en lo expuesto en su Cuadro Sintomático y además (cosas de estas infortunadas tierras, seazona todo ello con la política lugareña, de acusaciones recíprocas, que nada tiene que ver con la ciencia, la ciencia verdadera, la que no se recoge en las gacetillas, que de luego a luego , resultan autobiográficas, sino en los libros y en los laboratorios, con el microscopio bajo los ojos).

Mas hay que decir con Ferri: que la degeneración no es sinónimo de inferioridad; y de ahí que uno se explique perfectamente la vida extraordinaria del más extraordinario de los libertadores del Nuevo Mundo; para quien los reveses, en vez



de flojedad en el ánimo, como que le retemplaban las energías; y se dió el caso de que al siguiente día de un fracaso que se juzgaba irreparable, ruidosa victoria coronaba las sienes del héroe de Boyacá. . .

—III—

Ahora bien: ¿cuáles son los puntos de vista en que se han colocado los escritores haitianos y dominicanos al estudiar a nuestro caudillo del año 1821?

La conducta del Lic. José Núñez de Cáceres, ¿obedeció a agravios incontenibles por la vehemencia de su carácter ante la actitud de la Metrópoli con la más fiel de sus colonias, aún después del Tratado de Basilea, o lo atormentaba sed de mando, o maduraba, inspirado por el más acendrado patriotismo, un plan de independencia?

Los antecedentes pueden arrojar alguna luz a fin de tratar de descubrir el móvil de la resolución que culminó con la fundación de la República desaparecida apenas proclamada en la ciudad cuna de la civilización del Nuevo Mundo. La disciplina grave y austera del doctor universitario, su gran conocimiento de los sucesos que en la isla se habían desenvuelto en el transcurso de más de medio siglo, en muchos de los cuales había él tomado activísima parte, pues que desde muy joven fue un representativo —como ahora se dice— en la Colonia; Núñez de Cáceres, con una educación rígida y severa, comoquiera que desde el aula universitaria siguió el método filosófico que excluye la fantasía para dar puesto a los análisis pacientes, ocupó las más elevadas posiciones; y desde el Rectorado de la Universidad, premió a su saber hasta el importante cargo de Jefe Político que desempeñó a contar del año 1813, no se puede revocar la duda que conocía la historia de la colonización y especialmente la local.

Toussaint Louverture y Jean Jacques Dessalines, nacidos esclavos, llegaron a transformarse en la conciencia de un pueblo libre, por el ideal de libertad personal y de su raza, que jamás abandonaron.



Núñez de Cáceres, jefe visible de los conjurados, al saber que el 15 de Noviembre de 1821, Monte Cristy y Dajabón habían proclamado su unión a los pueblos de Haití, se apresuró a declarar la separación de esta parte de su antigua Metrópoli.

El historiador haitiano Beaubrun Ardouin, no vacila en afirmar que el Lic. José Núñez de Cáceres carecía del sentimiento de la nacionalidad, tal como lo sintieron Francisco de Miranda y Simón Bolívar, sino que por lo contrario, mientras esperó mercedes del gobierno español, sirvió a éste con devota sumisión.

Sólo cuando Francisco Javier Caro, emparentado con doña Ana Osorio, mujer de un prominente nativo de apellido Delmonte, sobre quien pesaba no sé cuál acusación, declaró enfáticamente que el Lic. José Núñez de Cáceres, su antiguo condiscípulo, no ocuparía un asiento en la Real Audiencia de Quito, mientras él —Caro— tuviera privanza en la Corte de España, cobró la más tremenda enemiga a la Madre Patria, y juró vengarse. (1).

No aspiraba, por otra parte, a fundar una República sin el reato de la esclavitud, como lo demostró en su proyecto de Constitución; y con Haití se limitaba a una alianza defensiva y ofensiva como escribe Leger en su documentada obra *Haití, su historia y sus detractores*.

El punto de vista de la mayoría de los escritores dominicanos es de censura para el Lic. Núñez de Cáceres, como quiera que éste conocía muy bien las pretensiones que desde los días del Creador de la República vecina y de Henry Christophe, era ya una aspiración irrevocable en los dirigentes de la política del vecino Estado. De ahí su irremediable fracaso.

El discurso pronunciado por Jean Pierre Boyer, en la Sala Capitular fue una brillante filípica preparada por el Presidente haitiano.

(1) Véase a Beaubrun Ardouin, *Historie d'Haití*, tom. IX página 102.



Entre otras cosas, dijo al rehusar recibir las llaves de la Ciudad, que él no había venido en guisa de Conquistador, sino llamado por la mayoría de sus hermanos dominicanos anhelosos de gozar una libertad de que disfrutaban sus felices vecinos.

La Carta redactada por don José Núñez de Cáceres consagraba la esclavitud.

Aquí pudiera dar por terminado este estudio, si no fuera porque el Licenciado José Núñez de Cáceres llevó más allá de la Isla su actuación de hombre de responsabilidad frente a los acontecimientos que tuvo que afrontar dentro y fuera del nativo suelo.

Acompañó a Páez, cuando el insigne llanero acaudilló el partido separatista en Venezuela, tocándole a él, a José Núñez de Cáceres, con su discurso, —el último que se pronunció en aquel memorable día— decidir a la Asamblea reunida en San Francisco, que tenía su sede en Valencia, pronunciarse en favor de los opositores a Bolívar, esto es, en favor de la idea separatista, tal como lo querían Páez, Santander y Juan José Flores, si no rivales, émulos de Bolívar.

Y como según el manuscrito que dió a conocer el admirado bibliógrafo Manuel Segundo Sánchez, en su **Bibliografía Venezolana**, fue injusto con el Libertador, me parece de toda justicia declarar, como acto reparador que no alcanza a una docena el número de dominicanos de los que pudieron suscribir la opinión inconsulta del compañero de aulas de la Universidad y uno de los fundadores de la gran Colombia: el prócer Doctor Cristóbal de Mendoza,

Como hasta la fecha en que publico este trabajo no he leído nada que desmienta de modo concluyente la paternidad de las Memorias atribuidas al Licenciado Núñez de Cáceres, dejo al futuro investigador la dilucidación del oscuro enigma.

Y para apoyar algunas de mis afirmaciones, al propio tiempo que para dar mis más rendidas gracias a cuantos me hayan ayudado con sus luces, publico aquí las cartas de tan dilectos como ilustrados amigos, las mismas que demuestran que Núñez



de Cáceres no había tenido ninguna clase de inteligencias con el Libertador e ignoraba, por quien más ayudó a éste en su colosal empresa de libertar a medio continente.

Andrés J. Montolío.

Caracas, Julio 14 de 1916

Señor don
Andrés J. Montolío.
Santo Domingo.

Mi distinguido amigo:

Desde que recibí su carta última empecé a hacer gestiones por el retrato de Núñez de Cáceres que Ud. me encargó.

Tengo esperanzas de conseguirlo e inmediatamente que haya logrado una fotografía del que me aseguran que existe, se la enviaré a Ud. He demorado en este asunto porque no tengo amistad con la familia, la cual es un poco retraída y me he valido de un amigo meticuroso o algo lento. Pero pronto le daré una razón definitiva.

Mil gracias por la magnífica historia de su hermosa patria que Ud. me envió. Del Ministerio de Instrucción Pública deben haberle enviado una historia de Venezuela por Fray Pedro Aguado. Tenga la bondad de avisarme si la ha recibido.

Yo no tengo ningún documento referente a José Núñez de Cáceres, Sólo he explorado el archivo propiamente Boliviano y el señor Núñez de Cáceres nunca tuvo relaciones con el Libertador, pues cuando el primero llegó aquí ya Bolívar se había ido para el Ecuador. Mas si encontrare algo se lo remitiré inmediatamente.

Aunque estoy muy ocupado desde hace cosa de dos años en el Banco de Venezuela y apenas tengo tiempo que dedicar a los asuntos de historia es tanta la afición, que Ud. me dará un



placer en cualquier cosa en que se digne emplearme. Escríbame y dígame en cuáles trabajos se ocupa actualmente.

Si ve a Cabrera dele muchos saludos de mi parte.

Mande como si fuera un viejo amigo a su compañero de Washington que lo aprecia altamente.

(Firmado) **V. Lecuna.**

Caracas, Sept. 28 de 1916

Señor don
Andrés J. Montolío.
Santo Domingo.

Mi distinguido amigo:

Por fin puedo enviarle por este correo el retrato del Dr. José Núñez de Cáceres. Pude conseguirlo gracias a las gestiones del D. V. M. Ovalles, pues la bisnieta que posee el original no quiso facilitármelo para que sacase yo unas copias, y por fortuna Ovalles consiguió esa copia antigua.

Aunque parece mentira, durante todo este tiempo no he cesado de hacer gestiones en solicitud del retrato y parecía que habíamos apostado cuál se cansaría primero, si la familia de Núñez de Cáceres o yo, por complacerlo a Ud.

Avíseme recibo; si acaso hacen tirar algunas tarjetas o fotgrabados envíeme una y reciba un abrazo de su afectísimo amigo y compañero.

Saludo muy respetuosamente a su señora y le suplico de dé memoria de mi parte a Cabrera.

Su amigo

(Firmado) **V. Lecuna**



ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

Caracas, 9 de Sept. de 1916.

Señor Licdo.
Andrés J. Montolío,
Santo Domingo.

Mi distinguido señor y amigo:

Junto con su atenta carta del 14 de agosto último, tuve el placer de recibir los dos volúmenes con que usted se sirvió obsequiarme y por los cuales le doy las más cordiales gracias.

En el tomo II del **Parnaso Venezolano**, editado por la Librería de A. Bethencourt e hijos, de Curazao, encontrará usted los datos sobre don Rafael Baralt, que solicita. Este trabajo, que es muy interesante, es del doctor Víctor A. Zerpa. Acerca de la actuación de aquel eximio venezolano en los asuntos de Santo Domingo, algo dije en el número 1,223 de la **Bibliografía Venezolanista**.

En el tomo IV y último de las **Biografías de hombres notables de Hispano América**, por don Ramón Azpurúa, publicadas en esta Ciudad en 1877, se halla la de D. José María Rojas. Este notable paisano suyo dejó larga descendencia en Venezuela. Nuestro eminente historiador doctor don Arístides Rojas fue uno de sus hijos; también lo fue el marqués de Rojas, escritor y diplomático. Viven aún los hermanos don Carlos Rojas y la acaudalada señora doña Dolores Rojas de Boulton.

En el tomo II de esa obra encontrará usted la vida de otro benemérito dominicano, cuyos restos reposan en la iglesia de San Francisco de esta ciudad: don Raimundo Rendón Sarmiento. Por cierto que en esos rasgos biográficos se citan los nombres de varios otros compatriotas de usted, quienes arribaron a Venezuela a principios del siglo pasado. Entre otros nombres recuerdo a los López de Umeres, Ramírez, Zárragas, Gascué, Barba, Francisco Javier Yanes, Duarte y Duarte, Núñez de Cáceres, Arroyo Pichardo, Mauri, Diez, Patiño, Madrigal y Troncoso.



En el número 574 de la **Bibliografía** citada hago referencia al señor don José Núñez de Cáceres. Alguien me ha dicho, después de publicado mi libro, que las **Memorias** a que aludí no son obra de éste, sino de su hijo don Pedro. No he tenido tiempo de comprobar la certeza de ese particular. El doctor Lecuna, junto con el retrato de Núñez de Cáceres que le ofreció, quizás podría procurar a usted datos referentes al personaje que nos ocupa.

No me extiendo más en la relación de estos datos, porque de este placer me privan las múltiples ocupaciones con que me veo abrumado.

Crea usted que me es muy grato suscribirme su atento servidor y amigo,

M. S. Sánchez.

(*La Opinión*, S. D., 1 y 6 julio y 26 sept. 1933).

